

# EL GAUCHO MARTIN FIERRO

CONTENTS:

- 1 LP
- 1 program notes (7 p.)

FOLKWAYS RECORDS FL 9927

SELECTED READINGS BY DR. ROBERTO GARCIA PINTO (WESTERN RESERVE UNIVERSITY)

PQ  
7797  
H55  
G38  
1962  
c.1  
MUSIC LP

(HIRAM COLLEGE)



ASSISTED BY MARIO T. SORIA

University of Alberta Library



0 1620 0506 6293

COVER DESIGN BY RONALD CLYNE

FOLKWAYS RECORDS FL 9927

DESCRIPTIVE NOTES ARE INSIDE POCKET  
LIBRARY OF CONGRESS #R62-1445

SIDE II

Band 1: Introduccion  
Band 2: Canto 12  
Band 3: Hijo de M.F.  
Band 4: Consejos y Fin de la 2 parte

SIDE I

Band 1: Introduccion  
Band 2: Canto 1  
Band 3: Canto 3  
Band 4: Cantos 6 and 7  
Band 5: Canto 13 y Fin de La Primera parte

**EL GAUCHO MARTIN FIERRO** SELECTED READINGS

# EL GAUCHO MARTIN FIERRO

Selected readings by Dr. Roberto Garcia Pinto  
(Western Reserve University)

assisted by Mario T. Soriam (Hiram College)

EL GAUCHO MARTÍN FIERRO

DE

JOSÉ HERNÁNDEZ

El Martín Fierro es la obra maestra de la literatura gauchesca. La escribió José Hernández, un periodista y político que había luchado en los ejércitos durante las guerras civiles posteriores a la caída de la dictadura de Rosas en 1870 intervino en una revolución contra el presidente Sarmiento, de quien fue siempre decidido antagonista. Derrotado su partido marchó al exilio y se considera probable que hubiera iniciado entonces la redacción del poema, que él mismo mandó editar en forma de folleto bajo el título de El gauchito Martín Fierro. Contenía unos 2316 versos. Empleó el lenguaje popular de los paisanos de las Pampas que ya algunos predecesores habían utilizado en obras de intención humorística o política. Alcanzó de inmediato un éxito extraordinario en todos los ambientes y la celebridad en la literatura de Iberoamérica. En 1879 publicó una segunda parte, La vuelta de Martín Fierro, bastante más extensa, siempre en el verso octosílabo habitual en la poesía popular y en el Romancero Castellano, pero tomándose innumerables licencias en cuanto a las rimas y a las normas retóricas. Las agrupó además en sextinas o sextetas, estrofa prácticamente desconocida en la poesía tradicional hispánica y que emplea como unidad expresiva dominante.

La obra, de gran fuerza descriptiva, escrita en estilo realista, a ratos de extrema crudeza - con frecuentes remates sentenciosos - cuenta las sucesivas desventuras del protagonista. Martín Fierro es un rebelde que termina por buscar refugio entre los indios de las entonces desiertas pampas argentinas. El relato explica como resulta víctima de toda clase de abusos y vejaciones que refiere jocosamente, acentuando lo grotesco de las situaciones. Los gauchos son siempre carne de cañón, perseguidos y expoliados por autoridades injustas y corrompidas. Hay una dura crítica social y política para los defectos de una sociedad en evolución que procuraba el progreso económico pero que olvidaba a las poblaciones autóctonas sin protección legal y efectiva. El carácter libre y violento del gauchito reacciona desmesuradamente para defender su modo de ser y de sentir, incapaz de adaptarse a nuevas circunstancias de vida. "No estoy conforme con su filosofía social", le escribe al autor Bartolomé Mitre en una carta clarividente. "Mejor es reconciliar los antagonismos por el amor y la necesidad de vivir juntos y unidos, que hacer fermentar los odios, que tienen su causa, más que en las intenciones de los hombres en las imperfecciones de nuestro modo de ser social y político."

El largo poema, hecho con mano maestra, tiene un soplo épico y es como una novela costumbrista trazada en grandes frescos, reveladores de un mundo bravío netamente americano. Escrito con regionalismos y arcaísmos propios de la vida gaucha, transcribe con fidelidad la pronunciación, la sintaxis y la deformación idiomática popular rioplatense. Es una lengua típica y peculiar que persiste en buena parte en las formas orales del español usual en la Argentina y el Uruguay, que ha sido estudiada y debatida por distinguidos especialistas. <sup>1</sup> La presente versión trata de conservar el tono y el acento gauchesco sin exagerarlo.

ARGUMENTO: El protagonista inicia, guitarra en mano y cantando, la historia de su vida ante un auditorio. La escena ocurre en algún almacén de campana - llamados "pulperías" - que tenían siempre un salón de dimensiones variables y eran centro de reunión y bebedaje.

Así lo muestran las ilustraciones de la obra desde su aparición.

El cantor o payador expone sus ideas y sus hábitos y hace la apología del gauchito. Recuerda la buena vida de una época anterior, verdadera Edad de Oro sin ubicación temporal precisa. ("Los verdaderos Paraísos son siempre Paraísos perdidos", observó un buen psicólogo.) Otro testigo existe de ese tiempo maravilloso, William Henry Hudson, <sup>2</sup> magnífico novelista y nostálgico evocador de ese pasado remoto, cuando las verdes praderas de las pampas eran campos libres, sin propietarios, sin caminos y sin "alambrados" - llenos de pájaros, de animales, prodigio de bonanza y de felicidad, donde según el poema "solo se veía (se veía) hacienda y cielo." En una fiesta a la que asiste Martín Fierro llega el Juez de Paz del lugar y exige a la mayor parte de los varones engancharse en el "contingente" que debe partir a proteger la frontera, vale decir los contrata compulsivamente a formar una milicia que debe marchar a los fortines adelantados en la desierto, cerca de la tierras ocupadas por los indios. El gauchito busca su equipo, elige su mejor caballo y emprende el viaje. Su hogar, su mujer y sus hijos quedan abandonados. El Juez de Paz que representa al bogobierno, no auxilia de ningún modo a la familia sin recursos. En el fortín fronterizo todo es desorden y abuso. No hay armas ni caballos. Solo comen los que consiguen cazar. A cualquier reclamo del soldado le responden con los azotes, las "estaquiadas" y el cepo, sistemas estos últimos, que consistían en atar de pies y manos al rebelde sobre el suelo entre estacas fijas o en colocarle los pies en barras de hierro para obligarlo a permanecer días enteros inmóvil, como engrillado. Tampoco se cumple la misión militar. Los hacen trabajar en las granjas y casas de los jefes mientras los indios merodean y roban cuanto quieren. Al producirse un ataque son malamente derrotados.

Después de dos años de esta ruda e inútil existencia, hambriento, roto, sin un centavo, Martín Fierro decide volver a su pueblo y se fuga, transformándose en desertor. De su casa solo encuentra la ruina. Sin medios para sostenerse su mujer se fue con otro hombre y luego murió. Sus hijos quedaron huérfanos y han desaparecido. Todo es abandono y soledad. Amargado, fuera de la ley, asiste a un baile una tarde y se emborracha. Provoca a una pareja de negros y pelea en duelo criollo, a cuchillo, con el hombre de color y lo mata. Otro día, atropellado a su vez por un gauchito matón o "malevo", riñe nuevamente y siempre más diestro y más fuerte, acuchilla a su contendidor. Se ha "desgraciado" en dos muertes - según la expresión popular, y la autoridad lo busca. Tiene que vivir escondido lejos de las poblaciones a campo raso. Una noche una patrulla (o partida) policial lo rodea. Resuelve resistir, hiere o mata en desigual batalla y cuando está a punto de sucumbir, uno de los jefes, el sargento Cruz da un grito de aliento y se pone de su parte. Algunos hombres más quedan muertos y el resto huye. Cruz a su vez narra su historia de amarguras, traiciones y violencia: "Es un montón de desdichas cada gauchito que Ud. ve" - sentencia al final. Sin más perspectiva que la cárcel o el crimen Martín Fierro propone al nuevo amigo la huida hacia el Desierto, al fondo de las pampas, a vivir entre los indios. Con grave tristeza emprenden el camino no sin alzar al paso una tropilla de caballos ajenos. Allí termina la primera parte.

En la Vuelta, el poema refiere el carácter y las costumbres de las indias. La pintura es tremenda por su violencia y primitivismo. Exacerbados por algunos vicios aprendidos de la frontera semi-civilizada, donde roban y asaltan cada vez que pueden, se

emborrachan en forma desaforada y acarrear también las peores enfermedades. Los cautivos sufren las vejaciones y los peligros más horribles. Una epidemia de viruela termina con la vida de Cruz y Fierro se queda solo. Un día descubre a una prisionera a quien su amo indígena azota sin piedad. Por último observa el deguello del pequeño hijo delante de la afligida madre. Lucha a muerte con el salvaje para liberar la mujer, en larga y dura pelea hasta que logra dificultosamente triunfar. Debe huir de inmediato de las tolдерías y con la cautiva regresa a la poblaciones.

Han transcurrido muchos años y ya sus culpas han sido olvidadas. El protagonista siente la vejez, encuentra a los hijos suyos y al de su amigo Cruz. Cada cual toma la guitarra y hace sus confidencias - una sucesiva multiplicación de la misma desdicha. Al Hijo Mayor le tocó la cárcel durante años por un crimen que no había cometido. Para el Hijo Segundo hubo el rigor y la explotación de otro Juez de Paz que se apoderó de la herencia dejada por una tía y le dió un tutor pintoresco - un gaucho viejo y cínico, figura proverbial en la memoria del pueblo. Su retrato es acaso el de mayor relieve en toda la obra. Es el anti-héroe, el "pícaro" hábil que sabe quedar bien con los poderosos, robar ganado y aprovecharse de lo ajeno. Este personaje el viejo Vizcacha da al muchacho los Consejos que en nuestra versión se transcriben íntegramente y que han pasado al refranero popular en su mayor parte. Luego surge Picarifa, un jugador fullero y ladino que se considera también víctima de la autoridades, pero que aprendió a manejar las cartas con habilidad. Resulta el hijo del sargento Cruz. Explica que sus malas artes fueron consecuencia de la orfandad y el abandono. Sin protección legal y todavía sin educación los gauchos se transformaban en parias. Como dijo Mitre ello ocurrió por los defectos de un sistema social que fué rápidamente mejorando. Pero mientras tanto los especuladores, los latifundistas o los inmigrantes se apoderaron de las tierras y el gaucho sin disciplina en el trabajo, inapto para soportar el cambio económico, fué desapareciendo poco a poco.

Hernández llegó a ser dirigente político y propuso algunos leyes de redención y amparo pero no logró realizar una obra orgánica en tal sentido y por otra parte murió muy pronto, a los 51 años de edad, en 1886.

Al final de la Vuelta llega a la pulpería donde estaban reunidos los personajes, un guitarrero negro que desafía a Martín Fierro a una controversia poético-musical, la clásica "payada" criolla, costumbre tradicional y prueba de ingenio que consistía en improvisar un debate en verso. Cada contendiente elegía los temas a cargo del adversario. El gaucho triunfa y el Moreno hermano de aquel negro que mató en duelo años atrás, busca venganza. El público evita el lance y el payador se retira con sus hijos. La vida le ha enseñado moderación y prudencia. Les expone en los cantos finales su filosofía y sus consejos. Luego todos se separan y cada cual ha de seguir su destino. Martín Fierro no restablece su familia. El gaucho es un andariego que prefiere no quedar sujeto a las obligaciones sociales o familiares, como observó el viajero inglés R. Head: "el gaucho vive de privaciones, pero su lujo es la libertad."

Así finaliza la obra en el canto 33º donde el autor interviene en la narración y afirma que lo "tendrán en su memoria para siempre sus paisanos", - tal cual ha ocurrido pues el poema llegó a ser estimado como un libro capital en la literatura argentina y ha influido profundamente, con su estilo y sus sentencias, en toda la poesía folklórica.

GLOSARIO de la resena: "Alambrados" o "alambradas", cerco de alambre colocados en postes usados para separar la propiedad rural. "Contingente", agrupación de soldados. "Desgraciarse", matar a otra persona en duelo o pelea. "Malevo", malhechor. "Partida", dícese a la comisiones o patrullas policiales. "Payada", improvisación en verso que se canta entre los guitarreros o "payadores".

#### Bibliografía:

<sup>1</sup>Amado Alonso, Estudios lingüísticos (Temas americanos). Madrid, 1960.

Américo Castro, La peculiaridad lingüística riplatense, Mexico, 1960.

Arturo Costa Álvarez, Nuestra lengua, Bs Aires, 1922.

<sup>2</sup>William Henry Hudson, Far away and long ago, London.

\*\*\*\*\*

MARTÍN FIERRO

POR

JOSÉ HERNÁNDEZ

I

Aquí me pongo a cantar  
al compás de la vigüela,  
que el hombre que lo desvela  
una pena extraordinaria,  
como la ave solitaria  
con el cantar se consuela.

Pido a los santos del cielo  
que ayuden mi pensamiento:  
les pido en este momento  
que voy a cantar mi historia  
me refresquen la memoria  
y aclaren mi entendimiento.

Vengan santos milagrosos,  
vengan todos en mi ayuda,  
que la lengua se me añuda  
y se me turba la vista;  
pido a mi Dios que me asista  
en una ocasión tan ruda.

Yo he visto muchos cantores,  
con famas bien otendidas,  
y que después de alquiridas  
no las quieren sustentar:  
parece que sin largar  
se cansaron en partidas.

Mas ande otro criollo pasa  
Martín Fierro ha de pasar;  
nada lo hace recular  
ni las fantasmas lo espantan,  
y dende que todos cantan  
yo también quiero cantar.

Yo soy toro en mi rodeo  
y torazo en rodeo ajeno;  
siempre me tuve por güeno  
y si me quieren probar  
salgan otros a cantar  
y veremos quién es menos.

No me hago al lao de la güeya  
aunque vengan degollando;  
con los blandos yo soy blando  
y soy duro con los duros,  
y ninguno en un apuro  
me ha visto andar tutublando.

En el peligro ¡qué Cristos!  
el corazón se me enancha,  
pues toda la tierra es cancha,  
y de esto naides se asombre:  
el que se tiene por hombre  
donde quiera hace pata ancha.

Soy gaucho, y entendiánlo  
como mi lengua esplica;  
para mí la tierra es chica  
y pudiera ser mayor;  
ni la víbora me pica  
ni quema mi frente el sol.

Nací como nace el peje  
en el fondo de la mar;  
naides me puede quitar  
aquello que Dios me dió:  
lo que al mundo truje yo  
del mundo lo he de llevar.

Mi gloria es vivir tan libre  
como el pájaro del cielo;  
no hago nido en este suelo  
ande hay tanto que sufrir,  
y naides me ha de seguir  
cuando yo remuento el vuelo.

Yo no tengo en el amor  
quien me venga con querellas;  
como esas aves tan bellas  
que saltan de rama en rama  
yo hago en el trébol mi cama  
y me cubren las estrellas.

Y sepan cuantos escuchan  
de mis penas el relato  
que nunca peleo ni mato  
sino por necesidad  
y que a tanta alversidá  
sólo me arrojó el mal trato.

Y atiendan la relación  
que hace un gaucho perseguido,  
que padre y marido ha sido  
empeñoso y diligente,  
y sin embargo la gente  
lo tiene por un bandido.

## II

Y apenas la madrugada empezaba a coloriar, los pájaros a cantar y las gallinas a apiarse, era cosa de largarse cada cual a trabajar.

Este se ata las espuelas, se aale el otro cantando, uno busca un pellón blando, éste un lazo, otro un rebenque, y los pingos relinchando los llaman dende el palenque.

El que era piñon domador endereza pal corral, ande estaba el animal bufidos que se las pela... y más malo que su agüela se hacía astillas el bagual.

Y allí el gaucho inteligente en cuanto el potro enriendó, los cueros le acomodó, y se le sentó en seguida, que el hombre muestra en la vida la astucia que Dios le dió.

Y verlos al cáir la noche en la cocina riunidos, con el juego bien prendido y mil cosas que contar, platicar muy divertidos hasta después de cenar.

Y con el tucche bien lleno era cosa superior irse en brazos del amor a dormir como la gente, pa empezar al día siguiente las fáinas del día anterior.

¡Ricuerdo, ¡qué maravilla! cómo andaba la gauchada siempre alegre y bien montada y dispuesta pa el trabajo; pero hoy el día... ¡barajo! no se le ve de aporriada.

El gaucho más infeliz tenía tropilla de un pelo; no le faltaba un consuelo y andaba la gente lista... Tendiendo al campo la vista solo vía haciendo y cielo.

Cuando llegaban las yerras, ¡cosa que daba calor! tanto gaucho pialador y tironiador sin yel! ¡Ah tiempos... pero si en él se ha visto tanto primor!

Aquello no era trabajo, más bien era una junción, y después de un güen tirón en que uno se daba maña, pa darle un trago de caña solía llamarlo el patrón.

Pues siempre la mamajuana vivía bajo la carreta, y aquel que no era chancleta en cuanto el goyete vía, sin miedo se le prendía como güérfano a la teta.

Estaba el gaucho en su pago con toda seguridad, pero aura... ¡barbaridá! la cosa anda tan fruncida, que gasta el pobre la vida en juir de la autoridá.

Pues si usted pisa en su rancho y si el alcalde lo sabe lo caza lo mesmo que ave aunque su mujer aborte... ¡No hay tiempo que no se acabe ni tiento que no se corte!

Y al punto dése por muerto si el alcalde lo bolea, pues áhi no más se le afea con una felpa de palos. Y después dicen que es malo el gaucho si los pelea.

Y el lomo le hinchan a golpes, y le rompen la cabeza, y luego con ligereza, así lastimao y todo, lo amarron codo con codo y pa el cepo lo enderiezan.

## III

Tuve en mi pago en un tiempo hijos, hacienda y mujer, pero empecé a padecer, me echaron a la frontera ¡y qué iba a hallar al volver! tan sólo hallé la tapera.

Sosegao vivía en mi rancho como el pájaro en su nido; allí mis hijos queridos iban creciendo a mi lao... Sólo queda al desgraciado lamentar el bien perdidé.

Mi gala en las pulperías era, cuando había más gente, ponerme medio caliente, pues cuando puntiao me encuentro me salen coplas de adentro como agua de la virtiente.

Cantando estaba una vez en una gran diversión; y aprovechó la ocasión como quiso el juez de paz. Se presentó, y áhi no más hizo una arriada en montón.

Juyeron los más matreros y lograron escapar. Yo no quise disparar, soy manso y no había por qué; muy tranquilo me quedé y así me dejé agarrar.

Allí un gringo con un órgano y una mona que bailaba haciendonós ráir estaba cuando le tocó el arreo. ¡Tan grande el gringo y tan feo lo viera cómo lloraba!

Hasta un inglés sanjiador que decía en la última guerra que él era de Inca-la-perra y que no quería servir, tuvo también que juir a guarecerse en la sierra.

Mi los mirones salvaron de esa arriada de mi flor; fué acoyarao el cantor con el gringo de la mona; a uno solo, por favor, logró salvar la patrona.

Formaron un contingente con los que en el baile arriaron; con otros nos mesturaron que habían agarrao también: las cosas que aquí se ven ni los diablos las pensaron.

Al mandarnos nos hicieron más promesas que a un altar. El juez nos jué a ploclamar y nos dijo muchas veces: "Muchacos, a los seis meses los van a ir a revelar."

Así en mi moro, escarciando, enderecé a la frontera. Aparcero, si usted viera lo que se llama cantón...! No envidia tengo al ratón en aquella ratonera.

De los pobres que allí había a ninguno lo largaron; los más viejos rezongaron, pero a uno que se quejó en seguida lo estaquiaron y la cosa se acabó.

En la lista de la tarde el jefe nos cantó el punto, diciendó: quinientos juntos llevará el que se resierte; lo haremos pitar del juerte; más bien dése por diunto.

A naides le dieron armas, pues toditas las que había el coronel las tenía, según dijo esa ocasión, pa repartirlas el día en que hubiera una invasión.

Al principio nos dejaron de haraganés criando sebo, pero después... no me atrevo a decir lo que pasaba. ¡Barajo!... si nos trataban como se trata a malevos.

Porque todo era jugarle por los lomos con la espada, y, aunque usted no hiciera nada, lo mesmito que en Palermo le daban cada cepiada que lo dejaban enfermo.

¡Y qué indíos, ni qué servicio, si allí no había ni cuartel! Nos mandaba el coronel a trabajar en sus chacras, y dejábanos las vacas que las llevara el infiel.

Yo primero sembré trigo y después hice un corral, corté adobe pa un tapial, hice un quincho, corté paja... ¡La pucha, que se trabaja sin que le larguen ni un rial!

Y cuando se iban los indios con lo que habían manotiao, salíamos muy apuraos a perseguirlos de atrás; si no se llevaban más es porque no habían hallao.

Allí sí se ven desgracias y lágrimas y afliciones, naides le pida perdonés al indio, pues donde dentra roba y mata cuanto encuentra y quema las poblaciones.

Tiemblan las carnes al verlo volando al viento la cerda, la rienda en la mano izquierda y la lanza en la derecha; ande enderiosa abre brecha pues no hay lanzaso que pierda.

Hace trotiadas tremendas dende el fondo del desierto; así llega medio muerto de hambre, de sé y de fatiga; pero el indio es una hormiga que día y noche está dispierto.

Hacían el robo a su gusto y después se iban de arriba, se llevaban las cautivas y nos contaban que a veces les descarnaban los pieses a las pobrecitas, vivas.

Una vez entre otras mucnas, tanto salir al botón, nos pegaron un malón los indios y una lanciada, que la gente acobardada quedó dende esa ocasión.

Habían estao escondidos  
aguaitando atrás de un cerro.  
/Lo viera a su amigo Pierro  
aflojar como un blandito!  
Salieron como maíz frito  
en cuanto sonó un cencerro.

Al punto nos dispusimos  
aunque ellos eran bastantes;  
la formamos al instante  
nuestra gente, que era poca;  
y golpiándonos en la boca  
hicieron fila adelante.

Se vinieron el tropel  
haciendo temblar la tierra.  
No soy manco pa la guerra  
pero tuve mi jabón,  
pues iba en un redomón  
que había boliao en la sierra.

¡qué vocerío, qué barullo,  
qué apurar esa carrera!  
La indiada todita entera  
dando alaridos cargó.  
/Jué pucha!...y ya nos sacó  
como yeguada matrera.

¡qué fletes traiban los bárbaros,  
como una luz de ligeros!  
Hicieron el entrevero  
y en aquella mescolanza,  
éste quiero, éste no quiero,  
nos escojían con la lanza.

Y pa mejor de la fiesta  
en esta aflicción tan suma,  
vino un indio echando espuma  
y con la lanza en la mano  
gritando: "Acabau, cristiano,  
metau el lanza hasta el pluma."

Tendido en el costillar,  
cimbrando por sobre el brazo  
una lanza como un lazo,  
me atropéyó dando gritos:  
si me descuido...el maldito  
me levanta de un lanzaso.

Si me atribulo o me encojo,  
siguro que no me escapo;  
siempre he sido medio guapo  
pero en aquella ocasión  
me hacía buya el corazón  
como la garganta al sapo.

Era el hijo de un cacique  
sigún yo lo avirigüé;  
la verdá del caso jué  
que me tuvo apuradazo,  
hasta que, al fin, de un bolazo  
del caballo lo bajé.

Áhi no más me tiré al suelo  
y lo pisé en las palétas;  
empezó a hacer morisquetas  
y a mezquinar la garganta...  
pero yo hice la obra santa  
de hacerlo estirar la jeta.

Allí quedó de mojón  
y en su caballo salté;  
de la indiada disparé,  
pues si me alcanza me mata,  
y al fin, me les escapé  
con el hilo en una pata.

## VI

Vamos dentrando recien  
a la parte más sentida,  
aunque es todita mi vida  
de males una cadena;  
a cada alma dolorida  
le gusta cantar sus penas.

Una noche que riunidos  
estaban en la carpeta  
empinando una limeta  
el jefe y el juez de paz,  
yo no quise aguardar más  
y me hice humo en un sotreta.

Volví al cabo de tres años  
de tanto sufrir al ñudo,  
resertor, pobre y desnudo,  
a procurar suerte nueva,  
y lo mesmo que el peludo  
enderecé pa mi cueva.

/No hallé ni rastro del rancho;  
/sólo estaba la tapera!  
/Por Cristo, si aquello era  
pa enlutar el corazón:  
yo juré en esa ocasión  
ser más malo que una fiera!

Quién no sentirá lo mesmo  
cuando así padece tanto!  
Puedo asegurar que el llanto  
como una mujer largué.  
/Ay mi Dios, si me quedé  
más triste que Jueves Santo!

Sólo se oiban los aullidos  
de un gato que se salvó;  
el pobre se guareció  
cerca, en una vizcachera;  
venía como si supiera  
que estaba de güelta yo.

Al dirme dejé la hacienda  
que era todito mi haber;  
pronto debíamos volver,  
según el juez prometía,  
y hasta entonces cuidaría  
de los bienes la mujer.

Después me contó un vecino  
que el campo se lo pidieron,  
la hacienda se la vendieron  
pa pagar arrendamientos,  
y qué sé yo cuántos cuantos;  
pero todo lo fundieron.

Los pobrecitos muchachos  
entre tantas aflicciones  
se conchabaron de piones;  
/mas qué iban a trabajar,  
si eran como los pichones  
sin acabar de emplumar!

Mas también en este juego  
voy a pedir mi bolada;  
a naides le debo nada  
ni pido cuartel ni doy,  
y ninguno dende hoy  
ha de llevarme en la armada.

Yo he sido manso, primero,  
y seré gaucho matrero  
en mi triste circunstancia,  
aunque es mi mal tan projuendo;  
nacé y me he criado en estancia,  
pero ya conozco el mundo.

## VII

De carta de más me via  
sin saber adonde dirme;  
mas dijeron que era vago  
y entraron a perseguirme.

Nunca se achican los males,  
van poco a poco creciendo,  
y ansina me vide pronto  
obligao a andar juyendo.

No tenía mujer ni rancho,  
y a más, era resertor;  
no tenía una prenda güena  
ni un peso en el tirador.

A mis hijos infelices  
pensé volverlos a hallar  
y andaba de un lao al otro  
sin tener ni qué pitar.

Supe una vez por desgracia  
que había un baile por allí,  
y medio desesperao  
a ver la milonga fui.

Riunidos al pericón  
tantos amigos hallé,

que alegre de verme entre ellos  
esa noche me apedé.

Como nunca, en la ocasión  
por peliar me dió la tranca,  
y la emprendí con un negro  
que trujo una negra en ancas.

Al ver llegar la morena  
que no hacía caso de naides  
le dije con la mamá:  
"Va... ca... yendo gente al baile".

La negra entendió la cosa  
y no tardó en contestarme  
mirándome como a perro:  
"más vaca será su madre".

Y dentro al baile muy tiesa  
con más cola que una zorra  
haciendo blanquiar los dientes  
lo mesmo que mazamorra.

"Negra linda"... dije yo,  
"me gusta... pa la carona";  
y me puse a talaríar  
esta coplita fregona:

"A los blancos hizo Dios,  
a los mulatos San Pedro,  
a los negros hizo el diablo  
para tizón del infierno".

Había estao juntando rabia  
el moreno dende ajuera;  
en lo oscuro le brillaban  
los ojos como linterna.

Lo conocí retobao,  
me acerqué y le dije presto:  
"Por... rudo... que un hombre sea  
nunca se enoja por esto".

Corcovió al de los tamangos  
y creyéndose muy fijo:  
-"Más porrudo serás vos,  
gaucho rotoso", me dijo.

Y ya se me vino al humo  
como a buscarme la hebra,  
y un golpe le acomodé  
con el porrón de güebra.

Áhi no más pegó el de hollín  
más gruñidos que un chanchito,  
y pelando el envenao  
me atropelló dando gritos.

Pegué un brinco y abrí cancha  
diciéndoles: -"Caballeros,  
dejen venir ese toro,  
solo nacé...solo muero".

El negro después del golpe  
se había el poncho refalao  
y dijo: -"Vas a saber  
si es solo o acompañao".

Y mientras se arremango  
yo me saqué las espuelas,  
pues malicié que aquel tío  
no era de arriar con las riendas.

No hay cosa como el peligro  
pa refrescar un mamao;  
hasta la vista se aclara  
por mucho que haiga chupao.

El negro me atropelló  
como a quererme comer;  
me hizo dos tiros seguidos  
y los dos le abarajé.

Yo tenía un facón con S  
que era de lima de acero;  
le hice un tiro, lo quitó  
y vino ciego el moreno.

Y en el medio de las aspas  
un planazo le asenté  
que lo largué culebriando  
lo mesmo que buscapié.

Le colorieron las motas con la sangre de la herida, y volvió a venir furioso como una tigre parida.

Y ya me hizo relumbrar por los ojos el cuchillo, alcansando con la punta a cortarme en un carrillo.

Me hirvió la sangre en las venas y me le afirmé al moreno, dándole de punta y hacha pa dejar un diablo menos.

Por fin en una topada en el cuchillo lo alcé y como un saco de güesos contra el cerco lo largué.

Tiró unas cuantas patadas y ya cantó pa el carnero. Nunca me puedo olvidar de la agonía de aquel negro.

### XIII

Ya veo que somos los dos astilla del mismo paló: yo paso por gaucho malo y usté anda del mismo modo, y yo, pa acabarlo todo, a los indios me refalo.

Pido perdón a mi Dios, que tantos bienes me hizo; pero dende que es preciso que viva entre los infieles, yo seré cruel con los cruales: así mi suerte lo quiso.

Si hemos de salvar o no de esto naides nos responde. Derecho ande el sol se esconde tierra adentro hay que tirar; algun día hemos de llegar... después sabremos adonde.

No hemos de perder el rumbo, los dos somos güena yunta; el que es gaucho va ande apunta, aunque inore ande se encuentra; pa el lao en que el sol se dentro dueblan los pastos la punta.

De hambre no pereceremos, pues según otros me han dicho en los campos se hallan bichos de los que uno necesita... gamas, matacos, mulitas, avestruces y quirquinthos.

Fabricaremos un toldo, como lo hacen tantos otros, con unos cueros de potro, que sea sala y sea cocina, /Tal vez no falte una china que se apiade de nosotros!

Y ya que a juerza de golpes la suerte nos dejó aflús, puede que allá veámos luz y se acaben nuestras penas. Todas las tierras son güenas: vamosnós, amigo Cruz.

El que maneja los bolas, el que sabe echar un pial, o sentarse en un bagual sin miedo de que lo baje, entre los mismos salvajes no puede pasarlo mal.

El amor como la guerra lo hace el criollo con canciones; a mas de eso en los malones podemos aviarnos de algo; en fin, amigo, yo salgo de estas pelegrinaciones.

En este punto el cantor buscó un porrón pa consuelo, echó un trago como un cielo,

dando fin a su argumento, y de un golpe al istrumento lo hizo astillas contra el suelo.

"Ruempo -dijo- la guitarra, pa no volverla a templar ninguno la ha de tocar, por seguro tenganló; pues naides ha de cantar cuando este gaucho cantó".

Y daré fin a mis coplas con aire de relación; nunca falta un preguntón más curioso que mujer, y tal vez quiera saber cómo fué la conclusión.

Cruz y Fierro, de una estancia una tropilla se arriaron; por delante se la echaron como criollos entendidos y pronto, sin ser sentidos, por la frontera cruzaron.

Y cuando la habían pasao, una madrugada clara le dijo Cruz que mirara las últimas poblaciones; y a Fierro dos lagrimones le rodaron por la cara.

Y siguiendo el fiel del rumbo se entraron en el desierto. No sé si los habrán muerto en alguna correría, pero espero que algún día sabré de ellos algo cierto.

Y ya con estas noticias mi relación acabé; por ciertas las conte, todas las desgracias dichas: es un telar de desdichas cada gaucho que usté ve.

Pero ponga su esperanza en el Dios que lo formó; y aquí me despido yo, que referí así a mi modo MALES QUE CONOCEN TODOS PERO QUE NAIDES CONTÓ.

### II

#### LA VUELTA DE MARTÍN FIERRO

### XII

#### EL HIJO MAJOR DE MARTIN FIERRO

##### LA PENITENCIARIA

Aunque el gajo se parece al árbol de donde sale, solía decirlo mi madre y en su razón estoy fijo: "jamás puede hablar el hijo "con la autoridad del padre".

Recordarán que quedamos sin tener donde abrigarnos; ni ramaña ande ganarnos, ni rincón ande meternos, ni camisa que ponernos, ni poncho con que taparnos.

Dichoso aquel que no sabe lo que es vivir sin amparo; yo con verdá les declaro, aunque es por demás sabido: dende chiquito he vivido en el mayor desamparo.

El que manda siempre puede hacerle al pobre un calvario; a un vecino propietario un boyero le mataron, y aunque a mí me lo achazaron salió cierto en el sumario.

Piensen los hombres honrados en la vergüenza y la pena de que tendría la alma llena al verme ya tan temprano igual a los que sus manos con el crimen envenenan.

Declararon otros dos sobre el caso del dijunto; mas no se aclaró el asunto, y el juez, por darlas de listo, "amarrados como un Cristo, nos dijo, irán todos juntos".

"A la justicia ordinaria voy a mandar a los tres". Tenía razón aquel juez, y cuantos así amenacen: ordinaria..es como la hacen, lo he conocido después.

Nos remitio, como digo, a esa justicia ordinaria, y fuimos con la sumaria a esa cárcel de malevos que por un bautismo nuevo le llaman Penitenciaria.

El porqué tiene ese nombre naides me lo dijo a mí, mas yo me lo esplico así: le dirán Penitenciaria por la penitencia diaria que se sufre estando allí.

Criollo que cáí en desgracia tiene que sufrir no poco; naides lo ampara tampoco si no cuenta con recursos; el gringo es de más discurso: cuando mata se hace el loco.

No sé el tiempo que corrió en aquella sepoltura; si de ajuera no lo apuran, el asunto va con pausa; tienen la presa segura y dejan dormir la causa.

Inora el preso a qué lado se inclinará la balanza; pero es tanta la tardanza que yo les digo por mí: el hombre que dentre allí deje afuera la esperanza.

En esa cárcel no hay toros, allí todos son corderos; no puede el más altanero, al verse entre aquellas rejas, sinó amujar las orejas y sufrir callao su encierro.

Y digo a cuantos inoran el rigor de aquellas penas, yo que sufrí las cadenas del destino y su inclemencia: que aprovechen la esperanza, del mal en cabeza agena.

Allá al día no tiene sol, la noche no tiene estrellas; sin que le valgan querellas encerrao lo purifican; y sus lágrimas salpican en las paredes aquellas.

En soledá tan terrible de su pecho oye el latido: lo sé, porque lo he sufrido y créameló el aulitorio: tal vez en el purgatorio las almas hagan más ruido.

Cuenta esas horas eternas para más atormentarse; su lágrima al redamarse calcula en sus aflicciones, contando sus pulsaciones, lo que dilata en secarse.

Allí se amansa el mas bravo; allí se duebla el mas juerte; el silencio es de tal suerte

que, cuando llegue a venir,  
hasta se le han de sentir  
las pisadas a la muerte.

### XIII

#### EL HIJO SEGUNDO DE MARTÍN FIERRO

Lo que les voy a decir  
ninguna lo ponga en duda,  
y aunque la cosa es peluda,  
haré la resolución;  
es ladino el corazón  
pero la lengua no ayuda.

Yo andube así como todos,  
hasta que al fin de sus días  
supo mi suerte una tía  
y me recogió a su lado;  
allí viví sosegado  
y de nada carecía.

No tenía cuidado alguno  
ni que trabajar tampoco;  
y como muchacho loco  
lo pasaba de holgazán;  
con razón dice el refrán  
que lo bueno dura poco.

En mí todo su cuidado  
y su cariño ponía;  
como a un hijo me quería  
con cariño verdadero  
y me nombró de heredero  
de los bienes que tenía.

El juez vino sin tardanza  
cuanto falleció la vieja.  
"De los bienes que te deja,  
me dijo, yo he de cuidar:  
"es un rodeo regular  
"y dos majadas de ovejas".

Era hombre de mucha labia,  
con más leyes que un doctor.  
Me dijo: "vos sos menor  
"y por los años que tienes,  
"no podés manejar bienes,  
"voy a nombrarte un tutor."

Tomó un recuento de todo  
porque entendía su papel,  
y después que aquel pastel  
lo tuvo bien amasao,  
puso al frente un encargao  
y a mí me llevó con él.

Muy pronto estubo mi poncho  
lo mesmo que cernidor;  
el chiripá estaba pior,  
y aunque para el frío soy guapo,  
ya no me quedaba un trapo  
ni pa el frío, ni pa el calor.

Er tan triste desabrigo,  
tras de un mes iba otro mes;  
guardaba silencio el juez,  
la miseria me invadía;  
me acordaba de mi tía,  
al verme en tal desnudez.

No sé decir con fijeza  
el tiempo que pasé allí;  
y después de andar así,  
como moro sin señor,  
pasé a poder del tutor  
que debía cuidar de mí.

### XIV

Me llevó consigo un viejo  
que pronto mostró la hilacha:  
dejaba ver por la facha  
que era medio cimarrón;  
muy renegao, muy ladrón,  
y le llamaban Viscacha.

Viejo lleno de camándulas,  
con un empaque a lo toro;  
andaba siempre en un moro,  
metido en no sé qué enriedos,  
con las patas como loro,  
de estripar entre los dedos.

Andaba rodiao de perros,  
que eran todo su placer;  
jamás dejó de tener  
menos de media docena;  
mataba vacas ajenas  
para darles de comer.

Carniábamos noche a noche  
alguna res en el pago;  
y, dejando allí el resago,  
alzaba en ancas el cuero,  
que se lo vendía a un pulpero  
por yerba, tabaco y trago.

Una vez me dió una soba  
que me hizo pedir socorro,  
porque lastimé un cachorro  
en el rancho de unas vascas;  
y al irse se alzó unas guascas;  
para eso era como zorro.

Ai junal dije entre mí;  
me has dao esta pesadumbre:  
ya verás cuanto vislumbre  
una ocasión medio güena;  
te he de quitar la costumbre  
de cerdiar yeguas ajenas.

Una tarde halló una punta  
de yeguas medio bichocas;  
después que voltio unas pocas  
las cerdiaba con empeño;  
yo vide venir al dueño  
pero me callé la boca.

El hombre venía jurioso  
y nos cayó como un rayo;  
se descolgó del caballo  
revoliando el arriador,  
y lo cruzó de un lazaso  
ahí no más a mi tutor.

No atinaba don Viscacha  
a qué lado disparar,  
hasta que logró montar,  
y de miedo del chicote,  
se lo apretó hasta el cogote,  
sin pararse a contestar.

### XV

Siempre andaba retobao,  
con ninguno solía hablar;  
se divertía en escarbar  
y hacer marcas con el dedo;  
y cuando se ponía en pedo  
me empezaba a aconsejar.

Me parece que lo veo  
con su poncho calamaco;  
después de echar un buen tacho  
así principiaba a hablar:  
"Jamás llegués a parar  
a donde veás perros flacos".

"El primer cuidao del hombre  
es defender el pellejo;  
lleváte de mi consejo,  
fijáte bien lo que hablo:  
el diablo sabe por diablo  
pero más sabe por viejo".

"Hacete amigo del juez,  
no le dés de qué quejarse;  
y cuando quiera enojarse  
vos te debés encojer,  
pues siempre es güeno tener  
palenque ande ir a rascarse".

"Nunca le llevés la contra  
porque él manda la gavilla;  
allí sentao en su silla  
ningún güey le sale bravo:  
a uno le dá con el clavo  
y a otro con la cantramilla".

"El hombre, hasta el más soberbio,  
con más espinas que un tala,  
aflueja andando en la mala  
y es blando como manteca:  
hasta la hacienda baguala  
cai al jagüel en la seca".

"No andés cambiando de cueva,  
hacé las que hace el ratón:  
conserváte en el rincón  
en que empezo tu esistencia:  
vacas que cambia querencia  
se atrasa en la parición".

Y menudiando los tragos  
aquel viejo como cerro,  
"No olvidés, me decía. Fierro,  
que el hombre no debe crer,  
en lágrimas de mujer  
ni en la renguera del perro".

"No te debés afligir  
aunque el mundo se desplome:  
lo que más precisa el hombre  
tener, según yo discurro,  
es la memoria del burro  
que nunca olvida ande come".

"Dejá que caliente el horno  
el dueño del amasijo;  
lo que es yo, nunca me aflijo  
y a todito me hago el sordo:  
el cerdo vive tan gordo  
y se come hasta los hijos".

"El zorro que ya es corrido,  
dende lejos la olfatea;  
no se apure quien desea  
hacer lo que le aproveche:  
la vaca que más rumea  
es la que da mejor leche".

"El que gana su comida,  
bueno es que en silencio coma;  
ansina, vos ni por broma  
querrás llamar la atención:  
nunca escapa el cimarrón  
si dispara por la loma".

"Yo voy donde me conviene  
y jamás me descarrío;  
lleváte el ejemplo mío,  
y llenarás la barriga;  
aprendé de las hormigas:  
no van a un noque vacío".

"A naides tengás envidia,  
es muy triste el envidiar;  
cuando veás a otro ganar  
a estorbarlo no te metas:  
cada lechón en su teta  
es el modo de mamar".

"Así se alimentan muchos  
mientras los pobres lo pagan;  
como el cordero hay quien lo haga  
en la puntita, no niego;  
pero otros, como el borrego,  
toda entera se la tragan".

"Si buscás vivir tranquilo  
dedicáte a solteriar;  
mas si te querés casar,  
con esta alverfencia sea:  
que es muy difícil guardar  
prenda que otros codicean".

"Es un vicho la mujer  
que yo aquí no lo destapo:  
siempre quiere al hombre guapo,  
mas fijáte en la elección;  
porque tiene el corazón  
como barriga de sapo".

Y gangoso con la tranca,  
me solía decir: "Potrillo,  
recién te apunta el cormillo,  
más te lo dice un toruno:  
no dejés que hombre ninguno  
te gane el lao del cuchillo".

"Las armas son necesarias  
pero naides sabe cuándo;  
ansina, si andás pasiendo,  
y de noche sobre todo,  
debés llevarlo de modo  
que al salir, salga cortando".

"Los que no saben guardar  
son pobres aunque trabajen;  
nunca, por más que se atajen,

se librarán del cimbrón:  
al que nace barrigón  
es al ñudo que lo fajen".

"Donde los vientos me llevan  
allí estoy como en mi centro;  
cuando una tristeza encuentro  
tomo un trago pa alegrarme:  
a mí me gusta mojarme  
por ajuera y por adentro".

"Vos sos pollo, y te convienen  
toditas estas razones;  
mis consejos y lecciones  
no echés nunca en el olvido:  
en las riñas he aprendido  
a no peliar sin puyones".

### XXXII

Un padre que da consejos  
más que padre es un amigo;  
ansí, como tal les digo,  
que vivan con precaución:  
naides sabe en que rincón  
se oculta el que es su enemigo.

Yo nunca tuve otra escuela  
que una vida desgraciada;  
no estrañen si en la jugada  
alguna vez me equivoco,  
pues debe saber muy poco  
aquel que no aprendió nada.

Su esperanza no la cifren  
nunca en corazón alguno;  
en el mayor infortunio  
pongan su confianza en Dios;  
de los hombres, sólo en uno,  
con gran precaución, en dos.

Al que es amigo, jamás  
lo dejen en la estacada;  
pero no le pidan nada  
ni lo aguarde todo de él:  
siempre el amigo más fiel  
es una conduta honrada.

Ni el miedo ni la codicia  
es bueno que a uno lo asalten,  
ansí, no se sobresalten  
por los bienes que perezcan;  
al rico nunca le ofrezcan  
y al pobre jamás le falten.

Bien lo pasa hasta entre pampas  
el que respeta a la gente:  
el hombre ha de ser prudente  
para librarse de enojos;  
cauteloso entre los flojos,  
moderado entre valientes.

Debe trabajar el hombre  
para ganarse su pan;  
pues la miseria, en su afán  
de perseguir de mil modos,  
llama en la puerta de todos  
y entra en la del haragán.

A ningún hombre amenacen  
porque naides se acobarda;  
poco en conocerlo tarda  
quien amenaza imprudente,  
que hay un peligro presente  
y otro peligro se aguarda.

Para vencer un peligro,  
salvar de cualquier abismo,  
por espere cia lo afirmo:  
más que el sable y que la lanza  
suele servir la confianza  
que el hombre tiene en sí mismo.

Nace el hombre con la astucia  
que ha de servirle de guía;  
sin ella sucumbiría,  
pero, según mi esperencia,  
se vuelve en unos prudencia  
y en los otros picardía.

Aprovecha la ocasión  
el hombre que es diligente;  
y tenganlo bien presente  
si al comprarla no yerro:  
la ocasión es como el fierro,  
se ha de machacar caliente.

Los hermanos sean unidos,  
porque ésa es la ley primera;  
tengan unión verdadera  
en cualquier tiempo que sea,  
porque si entre ellos pelean  
los devoran los de ajuera.

Si les hacen una ofensa,  
aunque la echen en olvido,  
vivan siempre prevenidos;  
pues ciertamente sucede  
que hablará muy mal de ustedes  
aquel que los ha ofendido.

El que obedeciendo vive  
nunca tiene suerte blanda;  
mas con su soberbia agranda  
el rigor en que padece:  
obedezca el que obedece  
y será bueno el que manda.

Procuren de no perder  
ni el tiempo ni la vergüenza;  
como todo hombre que piensa  
procedan siempre con juicio,  
y sepan que ningún vicio  
acaba donde comienza.

El hombre no mate al hombre  
ne pelée por fantasía;  
tiene en la desgracia mía  
un espejo en que mirarse:  
saber el hombre guardarse  
es la gran sabiduría.

La sangre que se redama  
no se olvida hasta la muerte;  
la impresión es de tal suerte,  
que a mi pesar, no lo niego,  
cái como gotas de fuego  
en la alma del que la vierte.

Es siempre, en toda ocasión,  
el trago el peor enemigo;  
con cariño se los digo,  
recuerdenlo con cuidado:  
aquel que ofiende embriagado  
merece doble castigo.

Si se arma algún revolutis  
siempre han de ser los primeros;  
no se muestren altaneros  
aunque la razón les sobre:  
en la barba de los pobres  
aprienden pa ser barberos.

Si entriegan su corazón  
a alguna mujer querida,  
no le hagan una partida  
que la ofienda a la mujer:  
siempre los ha de perder  
una mujer ofendida.

Procuren, si son cantores,  
el cantar con sentimiento,  
no tiemplan el instrumento  
por solo el gusto de hablar,  
y acostumbrense a cantar  
en cosas de jundamento.

Y les doy estos consejos,  
que me ha costado adquirirlos,  
porque deseo dirigirlos;  
pero no alcanza mi cencia  
hasta darles la prudencia  
que precisan pa seguirlos.

Estas cosas y otras muchas,  
medité en mis soledades;  
sepan que no hay falsedades  
ni error en estos consejos:  
es de la boca del viejo  
de ande salen los verdades.

### XXXIII

Después, a los cuatro vientos  
los cuatro se dirijieron;  
una promesa se hicieron  
que todos debían cumplir;  
mas no la puedo decir,  
pues secreto prometieron.

Con mi deber he cumplido  
y ya he salido del paso:  
pero diré, por si acaso,  
pa que me entiendan los criollos:

todavía me quedan rollos  
por si se ofrece dar lazo.

Y con esto me despido  
sin espresar hasta cuando;  
siempre corta por lo blando  
el que busca lo seguro;  
mas yo corto por lo duro,  
y ansí he de seguir cortando.

Vive el águila en su nido,  
el tigre vive en la selva,  
el zorro en la cueva ajena,  
y, en su destino incostante,  
solo el gaucho vive errante  
donde la suerte lo lleva.

Es el pobre en su orfandá  
de la fortuna el desecho,  
porque naides toma a pechos  
el defender a su raza;  
debe el gaucho tener casa,  
escuela, iglesia y derechos.

Y han de concluir algún día  
estos enriedos malditos;  
la obra no la facilito  
porque aumentan el fandango  
los que están, como el chimango,  
sobre el cuero y dando gritos.

Mas Dios ha de permitir  
que esto llegue a mejorar,  
pero se ha de recordar  
para hacer bien el trabajo  
que el fuego, pa calentar,  
debe ir siempre por abajo.

En su ley está el de arriba  
si hace lo que le aproveche;  
de sus favores sospeche  
hasta el mesmo que lo nombra:  
siempre es dañosa la sombra  
del árbol que tiene leche.

Al pobre al menor descuido  
lo levantan de un sogazo;  
pero yo comprendo el caso  
y esta consecuencia saco:  
el gaucho es el cuero flaco,  
da los tientos para el lazo.

Y en lo que esplica mi lengua  
todos deben tener fe;  
ansí, pues, entiendammé,  
con codicias no me mancho:  
no se ha de llover el rancho  
en donde este libro esté.

Permitammé descansar,  
¡pues he trabajado tanto!  
en este punto me planto  
y a continuar me resisto;  
estos son treinta y tres cantos,  
que es la mesma edá de Cristo.

Y guarden estas palabras  
que les digo al terminar:  
en mi obra he de continuar  
hasta darselas concluída,  
si el ingenio o si la vida  
no me llegan a faltar.

Y si la vida me falta,  
tenganlo todos por cierto,  
que el gaucho, hasta en el desierto,  
sentirá en tal ocasión  
tristeza en el corazón  
al saber que yo estoy muerto.

Pues son mis dichas desdichas,  
las de todos mis hermanos;  
ellos guardarán ufanos  
en su corazón mi historia;  
me tendrán en su memoria  
para siempre mis paisanos.

Es la memoria un gran don,  
calidá muy meritória;  
y aquellos que en esta historia  
sospechen que les doy palo,  
sepan que olvidar lo malo  
también es tener memoria.

Mas naides se crea ofendido,  
pues a ninguno incomodo;  
y si canto de este modo  
por encontrarlo oportuno,  
NO ES PARA MAL DE NINGUNO  
SINO PARA BIEN DE TODOS.